

REPUBLICA NACIONAL DE COLOMBIA
CENTRO DE INVESTIGACIONES PARA EL DESARROLLO
C I D

IMPERIALISMO Y CAPITALISMO DE ESTADO

Por: ANIBAL QUIJANO

PUBLICACIONES ESPECIALES DEL CID No. 6

Bogotá, D. E., Septiembre de 1972

IMPERIALISMO Y CAPITALISMO DE ESTADO

NACION Y CLASE EN EL CAPITALISMO IMPERIALISTA.-

El imperialismo es, ante todo, un sistema de relaciones de dominación y de explotación, entre clases. Sin embargo, como en la historia contemporánea las relaciones entre clases están organizadas o tienden a serlo en naciones-estados, para la percepción inmediata el imperialismo aparece, en primer término, como un sistema de dominación entre naciones.

El imperialismo se expresa, pues, en una doble dimensión. La de clase es la fundamental y, en consecuencia, es la determinante del modo en que se constituye el problema nacional en este sistema. Pero su carácter subordinado, no convierte a aquel en una mera apariencia, no solamente porque es a través de él que se articulan y se expresan las relaciones de clase, sino porque de allí se derivan las formas específicas en que éstas se procesan y se configuran.

Este enfoque sobre el imperialismo no está contenido en las tesis leninianas (1), desde que ellas caracterizan al imperialismo como una etapa específica en el desarrollo del modo de producción capitalista, la de predominio de la organización monopolística. No obstante la vasta difusión e indiscutible influencia de esas tesis, en el tratamiento del problema del imperialismo no son tan frecuentes los trabajos que, desde la perspectiva del mundo dependiente-subdesarrollado del capitalismo, asumen coherentemente la posición teórica y metodológica implicada en las proposiciones leninianas.

El doble carácter que presentan las relaciones imperialistas, da paso a dos vertientes de enfoque. Una centrada en la dimensión nacional y otra en la dimensión de clase. De hecho, la primera es la más generalizada.

Es claro, sin embargo, que mientras en la perspectiva nacional de análisis del imperialismo, el problema de clase no tiene y no puede tener cabida efectiva, solo a partir de la perspectiva de clase puede iluminarse y precisarse, realmente, el contenido del problema nacional implicado en estas relaciones.

(1) V.I. Lenin: El Imperialismo Fase superior del Capitalismo en Obras Escogidas, Editorial Progreso, Moscú 1969.

En este enfoque, el imperialismo se constituye a través de dos tipos de relaciones de clases: 1) relaciones de dominación entre la burguesía imperialista y la burguesía nativa. Técnicamente, aquí la explotación no está en juego. 2) Relaciones de explotación, y, sobre esa base, de dominación, entre la burguesía (imperialista y nativa) y los trabajadores.

En la medida en que la organización nacional, y las tendencias a ello, suponen las relaciones de dominación y explotación de la burguesía nativa sobre los trabajadores, las relaciones de dominación que la burguesía imperialista establece con la burguesía nativa, se constituyen por eso mismo como relaciones de dominación-explotación sobre el conjunto nacional. La dominación nacional supone la dominación de clase, pero a su vez, dentro de ciertos límites, el problema nacional implicado atraviesa a todas las clases que se articulan en la nación-estado. Por eso, puede cobrar, en determinadas ocasiones y bajo determinadas condiciones, una protuberancia especial y presentarse a la percepción inmediata como un problema autónomo.

En ambos tipos de las relaciones de clase, existen contradicciones y por lo tanto conflictos. Pero es obvio que la naturaleza y la profundidad de las contradicciones y el límite de los conflictos es, en cada nivel, diferente. El problema nacional está, por lo mismo, implicado de muy distintas maneras en cada caso.

La historia del imperialismo cobija ejemplos de situaciones derivadas de los conflictos originados en cada uno de esos tipos de relación, así como de situaciones en las cuales ambos tipos aparecen entretejidos en diversas dosis. Por eso, las formulaciones teóricas o las proposiciones políticas sobre el problema del imperialismo, en que el contenido de clase no aparezca explicado de manera efectiva, no pueden proporcionar indicaciones reales acerca de la profundidad en que, en la teoría, se constituye el problema, o de los límites que, en la política concreta, conlleva.

Este es, hoy día, un foco de confusión que requiere ser urgentemente despejado. Las páginas que siguen son un intento de contribuir a eso, sugiriendo algunas pistas de análisis e interpretación de los más abultados rasgos recientes del imperialismo. Ilustradas por la experiencia peruana actual, podrían quizás significar algo, también para las tendencias de evolución de similares situaciones en otras partes del mundo subdesarrollado.

IMPERIALISMO NEOCOLONIALISTA Y BURGUESIA DEPENDIENTE.-

La tendencia central en las relaciones imperialistas en América Latina, especialmente desde la última guerra mundial, es el neocolonialismo.

En lo fundamental, consiste en: 1) Desnacionalización del control de los recursos productivos; 2) desnacionalización del control de la orientación, características y límites del crecimiento capitalista; 3) Apropiación por la burguesía imperialista, de la masa mayor de la plusvalía generada; 4) Desnacionalización del control del mercado interno significativo para la realización local de la plusvalía; 5) Aumento de la tasa de descapitalización de la economía latinoamericana.

Este proceso acarrea consecuencias profundas para cada uno de los tipos de relación de clase y por eso para el problema nacional fundado en aquellos.

La modificación de las relaciones inter-burguesas (imperialista-nativa) de dominación, consiste en: 1) El debilitamiento y/o la reducción de las bases propias de poder económico interno de las burguesías nativas; 2) Correlativamente, debilitamiento y reducción de los márgenes de autonomía relativa, económica y política, de las burguesías nativas frente a la imperialista; 3) En este sentido, la progresiva pérdida del carácter nacional de las burguesías nativas y su conversión en burguesías neocoloniales.

Sin duda este proceso afectó principalmente a lo que, en los límites del subdesarrollo capitalista, puede considerarse como gran burguesía, la que devenía y deviene cada vez más en apenas socio menor de la burguesía imperialista en las empresas que ésta directamente posee o controla. Pero la mediana y pequeña burguesía nativas, que no fueron enteramente absorbidas, se reducen a empresas que financiera y tecnológicamente son incapaces de competir con las imperialistas, y por eso mismo tienen que someterse a una dominación tanto mayor.

Esos cambios en las relaciones inter-burguesas, redefinen también las relaciones de explotación de la burguesía imperialista con los trabajadores nativos. Anteriormente, la explotación de la burguesía imperialista sobre estos trabajadores, se ejercía a través de un doble canal. Uno directo, en los "enclaves" productivos bajo directo control de aquella. Otro indirecto, a través de la ventajosa apropiación de la plusvalía generada en las empresas controladas por la propia burguesía nativa, por los conocidos mecanismos derivados de la división internacional de trabajo impuesta, y los de la intermediación comercial y financiera. Pero el progresivo desplazamiento de la propiedad y/o el control de las principales empresas de la burguesía nativa a manos de la imperialista, entraña la expansión y a la larga una clara hegemonía de las relaciones directas de explotación entre la burguesía imperialista y los trabajadores nativos.

Este curso neocolonialista del imperialismo se llevó a cabo en América Latina, con grados y calendarios diferentes, según el modo de inserción de cada país en el mercado internacional capitalista, durante el período postcolonial. Son muy claras, desde este punto de vista, las diferencias entre el minoritario grupo de países que antes de la última gran guerra alcanzaron un relativamente importante crecimiento del capitalismo industrial, y aquellos donde este factor no aparece con fuerza sino a partir de la última postguerra. Eso no obstante, hay consenso entre los investigadores latinoamericanos, acerca de la generalización de la tendencia neocolonialista de la dominación imperialista, en ambos grupos de países, después de los años cincuenta.

El proceso de neocolonización se llevó a cabo tanto más profunda y completamente, cuando más débil era en cada país el desarrollo capitalista industrial y cuanto más débil era, por consiguiente, el desarrollo de clase de las respectivas burguesías nativas. Ese fue, por ejemplo, el caso peruano, donde eso operó no solo de manera más profunda y completa, sino también desde muy temprano.

Ciertamente, el proceso se realiza por la presión y/o la imposición de la burguesía imperialista. Pero todavía es necesario enfatizar, para no alimentar el mecanicismo aún muy vivo en América Latina, que fue también la propia política de las burguesías nativas la que dió paso al fortalecimiento y a la cristalización definitiva de la tendencia neocolonialista.

También en eso puede observarse diferencias agudas entre los dos mencionados grupos de países. Pues mientras que en el caso peruano, por ejemplo, el neocolonialismo fue engendrado en mucho en la congénita debilidad económica y en la permanente desarticulación política de la burguesía nativa, y en su correlativa incapacidad para concebir y organizar efectivamente, otro proyecto nacional que no fuera el de su creciente sometimiento a la dominación de sus aliados imperiales. En los otros casos (principalmente Brasil, Argentina, Uruguay, Chile), algunas fracciones de la burguesía nativa tentaron la organización autónoma de su dominación nacional, y tuvieron que ser desalojadas del poder por otras facciones burguesas nativas apoyadas por las imperialistas. O regímenes liderados por sectores sociales medios, con respaldo de las masas dominadas, abrieron cauce a los intereses nacionalistas de algunas fracciones burguesas, y fueron también desalojadas del poder en las mismas condiciones.

NEOCOLONIALISMO Y ESTADO NACIONAL - DEPENDIENTE.-

Los proyectos de organización del Estado-Nación, en el largo período postcolonial, se distinguieron en América Latina por dos principales rasgos: su carácter dependiente y su contenido oligárquico.

Lo primero, porque la simultaneidad y la asociación históricas de la emancipación anti-colonial con la inserción en la estructura emergente del imperialismo, limitó en estos países la capacidad de desarrollo capitalista autónomo. En ese marco, los grupos burgueses que hicieron valer su pretensión hegemónica sobre la organización del Estado-Nación, fueron precisamente aquellos que pudieron asociarse con más ventajas que los otros con la burguesía imperialista. Condicionados de ese modo, asumieron desde la partida su situación subordinada, e hicieron depender de ella su propio desarrollo de clase y su control del poder. Ese carácter dependiente de la naciente burguesía nativa, se expresará necesariamente en las relaciones de los Estados-Nación con el poder imperial, tanto en el nivel inter-estatal como en el inter-clase burguesa. El Estado-Nación asume, así, desde sus inicios la calidad de Estado Nacional-Dependiente.

Lo segundo, porque sobre la base de una estructura económico-social que, no obstante ser regida en el largo plazo por la lógica histórica del capitalismo dada su pertenencia a la cadena imperialista, era en concreto pre-industrial, el carácter y el desarrollo de la burguesía emergente, así como el de las otras clases, y por lo mismo el carácter y los límites de los conflictos políticos entre todas ellas, facultaban solamente la consolidación de un estilo oligárquico de dominación. Esto es, el monopolio de los grupos burgueses más ventajosamente asociados a la conducta del Estado-Nación que se formaba.

La combinación de ambos rasgos en la conformación de los proyectos de Estado-Nación, hizo que éste mantuviera durante mucho tiempo una contextura precaria y débil, a la medida, en cada país, del mayor o menor desarrollo relativo de la burguesía nativa y, por lo tanto, de la estructura económico-social respectiva.

Cuando el carácter postcolonial de la sociedad en América Latina, fue desapareciendo junto con la injertación de la producción industrial extractiva y algo más tarde de la manufacturera, surgirán proyectos nacionales con rasgos o pretensiones alternativas. Tales proyectos están inicialmente anclados en los nuevos sectores medios que la diversificación de la base productiva engendra, y que aprenderán muy pronto a cuestionar la legitimidad de la dominación oligárquica y su subordinación al imperialismo. A esos proyectos aparecerán asociadas las nuevas clases trabajadoras que hacen parte del proceso de expansión y modificación del capitalismo, en la ciudad y en el campo, y cuya situación en ese momento no las capacitaba para concebir o para viabilizar proyectos nacionales propios.

El Estado Nacional-Dependiente constituido por la dominación oligárquica cumple, en ese período previo al neocolonialismo, una doble función: 1) Garantizar la asociación entre la burguesía imperialista y la nativa para la explotación y la dominación sobre los trabajadores. 2) Instrumentar la defensa o, por lo menos, el regateo de las condiciones de esa asociación, es decir, de la repartición de beneficios y de los márgenes de autonomía de la burguesía nativa en el manejo del país.

En el primer sentido, ese Estado encarna su condición dependiente. En el segundo, su carácter nacional. La compleja dialéctica entre ambos términos de ese doble carácter del Estado-Nación, fue determinada por el primero de ellos, pues es justamente en él, en la condición dependiente, en que principalmente se expresa el carácter de clase de ese Estado.

Por eso, la profundización del curso neocolonialista del imperialismo en el período posterior, conduce al creciente desequilibrio entre ambas funciones de ese Estado, privilegiando su rol en la dependencia, esto es su contenido de clase. En la medida en que las burguesías nativas fueron perdiendo su carácter nacional y asumiendo una condición neocolonial, en aras de su interés de clase, el Estado que ellas dominan tenderá también a convertirse gradualmente en un Estado Neocolonial. Paradójicamente, en apariencia, corresponderá a los grupos burgueses urbano-industriales más que a los oligárquicos, el dudoso privilegio de fortalecer esa tendencia.

Es decir, fue por sus intereses de clase que las burguesías "modernas" de América Latina, fueron abandonando la defensa de sus intereses nacionales, en beneficio de los imperialistas y, ante todo, de la burguesía norteamericana. El Estado-Nación que las burguesías oligárquicas levantaron como proyecto nacional, con mayor o menor fuerza según los países, deviene en nuestros países en instrumento de los proyectos neocoloniales de las burguesías industrial-urbanas.

Estos profundos cambios en el carácter y en la función del Estado, no significan, sin embargo, que en tanto que aparato institucional, no se haya desarrollado y fortalecido. Lejos de eso, ha habido una real coetaneidad efectiva del proceso de desarrollo y, si se quiere, modernización del aparato burocrático del Estado y el cambio de sus funciones políticas centrales. Como el período de efectiva diversificación y modernización de la base económico-social de estos países corresponde también al de la tendencia de su neocolonización, en ese específico sentido podría afirmarse que fue en servicio de ésta que se produjo el fortalecimiento del aparato estatal y la ampliación del ámbito de su operación.

Como la idea de Estado está históricamente asociada tan íntimamente a la idea de Nación, en nuestros países se percibe el desarrollo institucional del Estado como equivalente al desarrollo nacional. Sin embargo, no puede dejar de señalarse que aquí se abre la cuestión necesaria de las relaciones entre Estado y Nación. El proceso neocolonialista ha implicado para ellas, la paradójica tendencia al desarrollo del Estado, como aparato burocrático, tanto menos nacional fué deviniendo.

LOS PROBLEMAS DE HEGEMONIA POLITICA Y LAS ALTERNATIVAS DE CAMBIO.-

La acentuación del neocolonialismo, convergió con la profundización de la crisis de hegemonía política en los principales países de América Latina, y sin duda contribuyó en gran medida a la determinación de esa crisis.

Como se dejó señalado antes, la hegemonía oligárquica fue puesta en cuestión desde comienzos de este siglo en casi todos esos países, aunque el debilitamiento y crisis real de aquella no ocurrió ni en igual medida ni con el mismo calendario en cada uno de ellos.

El cuestionamiento de la legitimidad de la hegemonía oligárquica, al comienzo proviene de los nuevos sectores medios, con proyectos al mismo tiempo antioligárquicos y nacional-antiimperialistas, mucho más que de los sectores propiamente burgueses modernos.

No obstante, la crisis efectiva de la dominación oligárquica no sobrevendrá, sino cuando la diferenciación económico-social y política de la burguesía, como consecuencia de la diversificación de la base productiva y de los graduales desplazamientos de la asociación de la burguesía imperialista con los principales grupos de la nativa, permitirá la convergencia política de los sectores medios cuestionadores de la dominación oligárquica y las pretensiones hegemónicas de los grupos burgueses industrial-urbanos.

Ese cambio en la correlación de fuerzas políticas, será profundizado por la creciente presencia de las masas de las clases dominadas, urbanas principalmente, presionando por sus reivindicaciones inmediatas y asociadas políticamente a los proyectos antioligárquicos liderados por los sectores medios.

Gradualmente, el control del aparato burocrático del Estado fue compartido por todas las principales fracciones de la burguesía, con una creciente participación de grupos medios tecno-profesionales, y con conexiones políticas y económicas a las presiones reivindicativas del proletariado urbano-industrial y en menor medida a las del campesinado.

En algunos países de relativamente importante desarrollo industrial-urbano, este proceso originó regímenes políticos fundados en aquella combinación de fuerzas, precaria y contradictoria por su naturaleza de clase, pero bajo el comando de los intereses de las más dinámicas fracciones burguesas. Esos regímenes son denominados "populistas" y, en ese sentido, el término no tiene un contenido sino remotamente emparentado con el que se refiere al movimiento populista ruso, anterior a la revolución bolchevique. Ninguno de esos regímenes fue duradero.

La precariedad de estas combinaciones políticas, así como su corta presencia en regímenes efectivos, da cuenta del hecho de que en el momento mismo en que se hacía totalmente manifiesta la final debilidad de las bases de poder de las fracciones oligárquicas de la burguesía, las fracciones competidoras de la misma clase no habían alcanzado aún la fuerza necesaria para imponer sus pretensiones hegemónicas, ni podían ya operar desligadas de todos los riesgos para la dominación de la clase entera, implicados en la presencia y presión creciente de las masas dominadas.

Precisamente, esa situación de crisis de hegemonía política interburguesa, se hace manifiesta convergiendo con y profundizándose por la tendencia de disociación de las clases dominadas, de los movimientos políticos liderados por sectores medios, o por fracciones reformistas de la propia burguesía. Esa tendencia iniciada en los años finales de la década de los 50, alcanza su plena expresión en la última década, expresándose en la división de prácticamente todas las organizaciones políticas de ese tipo, y su gradual pero creciente pérdida de influencia sobre las masas trabajadoras.

El impacto ideológico de acontecimientos como la revolución cubana, junto con acentuar la nueva disposición política de las masas populares, contribuirá también a la radicalización de algunos importantes grupos de los propios sectores medios, en particular de los estudiantes universitarios. Ellos tratarán de aparejar su acción a la de los nuevos movimientos de trabajadores urbano-rurales, y ante la lentitud del desarrollo político de éstos, tenderán a producir intentos revolucionarios que siguen la pauta de la propia revolución cubana.

Las luchas de clase van adquiriendo así un nuevo nivel y sus efectos atravesarán las propias instituciones de legitimación, control y represión del Estado burgués. Universidades, intelectuales, iglesia, de un lado, Burocracia tecno-profesional y Fuerzas Armadas del otro, ingresarán en una etapa de diferenciación ideológico-política entre sus miembros, en las modalidades y en los límites impuestos por las propias características de aquellas instituciones y grupos.

En este cuadro, las pretensiones hegemónicas de los grupos urbano-industriales de la burguesía dependiente, no solamente serán trabadas por la propia debilidad relativa de sus bases de poder, sino cada vez más por el hecho de ser condicionadas y enfrentadas por el cuestionamiento de la legitimidad ya no solo de la dominación oligárquica, sino de la burguesía en su conjunto, es decir, de la legitimidad de la sociedad y el estado burgués como tal, por parte de grupos importantes de los sectores medios y de las propias clases de trabajadores.

La crisis de hegemonía política en estos países, a partir de entonces no consiste ya solamente en la crisis de la hegemonía oligárquica, sino en la superposición de aquella con el cuestionamiento (ideológico y armado) de la legitimidad del orden burgués entero.

Se llega de este modo a una situación crucial: ninguna de las fracciones burguesas con pretensión hegemónica tienen la fuerza necesaria para imponerse la una sobre la otra, mientras las clases dominadas que comienzan a cuestionar la legitimidad de la dominación burguesa entera, no tienen tampoco todavía el desarrollo político necesario para disputar realmente el poder.

En el marco de esta situación, los sectores de autoridad intermediaria del orden burgués, Fuerzas Armadas y Burocracia Tecno-profesional, amplían y profundizan su relativa autonomía política e institucional dentro de este orden. En frente, por igual, a la crisis del poder burgués y a los peligros no inminentes pero potenciales visibles de una explosión social revolucionaria, esas instituciones y grupos de autoridad intermediaria asumirán el poder o tenderán a ello.

En el caso peruano en particular, el régimen emergido de esta alianza entre las Fuerzas Armadas y los grupos tecno-profesionales, obtendrá un margen de autonomía relativa muy amplio frente a la debilidad política de las clases básicas; la educación ideológica nacional-desarrollista de ambos grupos en el período inmediatamente previo, contribuirá a acentuar ese margen.

LA COYUNTURA PERUANA: CARACTER DEL NUEVO PROYECTO NACIONAL.-

En la medida en que el actual régimen peruano se funda en una particular combinación política de grupos sociales pertenecientes a las instituciones de autoridad intermediaria en el orden burgués (Fuerzas Armadas y Burocracia Tecno-profesional), resultante de su relativa autonomización política en el curso de la crisis de hegemonía, este régimen no puede ser asimilado a un modelo "populista". Este operó, en todas partes, con la participación política directa de las fracciones burguesas con pretensión hegemónica anti-oligárquica, aunque el liderazgo formal pudo corresponder a determinados grupos de sectores medios que encabezaban movimientos populares.

En este sentido es importante diferenciar, por una parte, a los movimientos populistas y a los regímenes populistas. De otra parte, las técnicas populistas de manipulación política de las masas, que pueden ser también utilizadas por regímenes de clase hegemonía política burguesa, y las relaciones políticas entre las clases en que se fundan los regímenes populistas.

En el caso peruano actual, sobre todo en el período inicial de este régimen, la participación política directa de las "élites" políticas representativas de las fracciones no-oligárquicas de la burguesía fue insignificante, y fue eso, lo que permitió a los grupos de sectores medios premunidos de la función de autoridad intermediaria, aparecer con autonomía política suficiente como para desplegar en toda su amplitud las pretensiones arbitrales de esos grupos entre las clases básicas de la sociedad, así como entre el Estado-Nación y los poderes imperiales.

No es casual, por eso, que este régimen recupere la orientación general de los proyectos nacionales levantados antes por los sectores medios anti-oligárquicos y nacional-antiimperialistas, como el APRA. En buena medida, este régimen es la realización histórica de aquellos proyectos. Las peculiaridades de esta realización, corresponden tanto a las condiciones históricas de hoy, como a las especiales características de los grupos medios, agentes de las instituciones de autoridad intermediaria en el orden burgués, a diferencia de los grupos medios, que hacia los años treinta levantaron los primeros proyectos nacionales antioligárquicos.

Así, mientras que hoy, este proyecto nacional se lleva a cabo casi estrictamente como un acto administrativo, este mismo proyecto en su momento original y liderado también por sectores medios pero excluidos del rol de autoridad intermediaria, no hubiera podido llevarse a cabo sino a través de la acción de las masas mismas. Ahora, en cambio, ellas son cuidadosamente mantenidas en una situación de desmovilización política, durante todo el período necesario para la institucionalización de las reformas.

Todos esos elementos, se colocan en el centro mismo de los problemas de deslinde del carácter y de los límites del nuevo proyecto nacional y de exploración de las alternativas de cambio de las relaciones imperialistas.

En primer lugar, los anteriores proyectos nacionales elaborados por los sectores medios, por su orientación antioligárquica y antiimperialista nacional-burgués, respondían no solamente a los intereses de los grupos burgueses no-oligárquicos, sino también a las inmediatas reivindicaciones de las clases explotadas (campesinado y proletariado). De manera similar, el proyecto del actual régimen es también efectivamente antioligárquico, y en la manera inconsecuente en que la dimensión nación está implicada, es también antiimperialista. En tal sentido, las reivindicaciones más urgentes y más potencialmente explosivas de las clases explotadas, tienen lugar en este proyecto, aunque es también claro que los intereses históricos de esas clases y, ante todo, del proletariado industrial-urbano, están excluidos y distorsionados.

Así, reforma agraria, reforma de la empresa, reforma de la educación, principalmente, tienen un claro contenido antioligárquico. Atienden a las reivindicaciones inmediatas de los explotados, pero también las de los sectores medios y los de los más dinámicos grupos de la burguesía industrial-urbana.

La estatización de áreas importantes de la economía y de los recursos naturales, son medidas que responden a las finalidades nacionales. Pero, al mismo tiempo, las medidas de estímulo a la burguesía nativa industrial, en todas las áreas económicas en que el Estado no asume la gestión directa, y el estímulo a la burguesía imperialista para asociarse con el Estado en la explotación de los recursos naturales y en la producción industrial manufacturera, muestran suficientemente que el proyecto nacional en juego, no llega hasta la modificación radical del contenido de clase de los anteriores proyectos. En ese sentido, el proyecto nacional del régimen militar-tecnocrático vigente, no puede ser reconocido como anti-burgués sino en el estricto límite de antioligárquico; así como no puede ser reconocido como antiimperialista sino hasta el preciso límite en que se pone en cuestión el contenido último de clase en que se funda el capitalismo imperialista actual. Es decir, en última instancia, se trata de un antiimperialismo en el sentido nacional y no de clase.

Considerado en sus términos económicos como proyecto de desarrollo, el "modelo peruano" se configura como una combinación de la empresa privada industrial y de la empresa estatal operando con criterios capitalistas, con la peculiaridad de que el sector estatal aparece con posibilidad hegemónica.

La burguesía imperialista, específicamente, aunque impedida de actuar de modo totalmente incontrolado como en el período previo, mantiene su presencia en los sectores privados de la economía peruana, sea en asociación con la burguesía industrial nativa o con el Estado, así como también en los propios sectores estatizados de la economía en asociación con el Estado. En este conjunto, la asociación con el Estado surge como la probable modalidad predominante de la presencia de la burguesía imperialista en la economía del país.

La emergencia del Estado en la gestión directa de áreas importantes de la economía peruana (sobre todo en la financiera y en las industrias de base para las industrias estrictamente manufactureras), y en la gestión asociada con la burguesía imperialista y la nativa (sobre todo en la explotación de recursos naturales y en la manufacturera), configura una tendencia a la estructuración del capitalismo peruano como una economía capitalista estatal-privada, con la posibilidad de predominio del sector estatal, a largo plazo.

De otro lado, la introducción de la propiedad accionaria de los trabajadores en las empresas y de una posible cogestión a largo plazo, de aquellos en las empresas privadas, conlleva una tendencia neocapitalista, como un otro elemento de modificación del capitalismo en el Perú.

Por todo eso, se puede calificar el proyecto peruano de desarrollo, como el de una economía capitalista estatal-privada, con elementos neocapitalistas, y tendiendo a largo plazo al predominio del sector estatal. Eso significaría que en la lógica del largo plazo, emerge la tendencia hacia un Capitalismo de Estado como dominante, y subordinado a él un capitalismo privado cuya amplitud no puede predicarse a priori. (2)

(2) El concepto de Capitalismo de Estado se usa aquí en referencia a una economía capitalista en la cual la generación, realización, y acumulación de plusvalía se lleva a cabo predominantemente o totalmente bajo la gestión y el control directo del Estado. El concepto no abarca, por lo tanto, a situaciones en las cuales la plusvalía opera predominantemente a través de la empresa privada o aún en empresas privadas con financiamiento e intervención del Estado, aun cuando éste pueda haber cobrado una función interventora y dirigista en la economía y haya asumido la gestión directa de áreas importantes pero no hegemónicas en la generación, realización y acumulación de plusvalía. En este último caso, que es ya bastante frecuente en el capitalismo actual (Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, México, Brasil, Argentina, etc.), lo que el Estado hace en la práctica es tomar a su cargo el desarrollo y la gestión de las áreas de infraestructura, servicios y producción de insumos para el capitalismo privado, facilitando de ese modo la operación y los beneficios capitalistas, y socializando las pérdidas de los empresarios privados al hacerse cargo de empresas o rubros de actividad de baja rentabilidad o difícil financiación. Es claro, por eso, que cuando en este trabajo se subraya el Capitalismo de Estado como una de las principales alternativas de este proceso, no se está afirmando que la situación actual del Perú corresponde a este concepto, sino la presencia de elementos que configuran la posibilidad de desarrollo de una tendencia en esa dirección.

Ciertos analistas superficiales, insisten en que la ampliación de la intervención estatal en la economía y la reducción de la actividad empresarial privada, implican automáticamente una negación del capitalismo como sistema de producción y de relaciones de producción. Si bien es cierto que el capitalismo se desarrolló bajo el control privado, en tanto que modo de producción el capitalismo se funda ante todo en el predominio de la ley del valor y en la condición de mercancía tanto de los productos como de los propios

LAS ALTERNATIVAS DE CAMBIO DE LAS RELACIONES IMPERIALISTAS EN EL PERU,
DENTRO DEL ACTUAL PROYECTO.-

De este cuadro pueden surgir algunas alternativas mayores para las relaciones imperialistas: 1) La sola consolidación de la situación actualmente existente; es decir, la continuidad de la presencia de la burguesía imperialista en sectores privados importantes de la economía, principalmente en la manufactura, y en la asociación con el capital estatal sobre todo para la explotación de recursos naturales. 2) Si la tendencia al predominio del capitalismo de estado se fortalece, la reducción de la presencia de la burguesía imperialista en modalidades que no sean las de su asociación con el capital estatal, pero bajo esta modalidad manteniéndose en todas las áreas de actividad en que hoy opera; 3) La completa focalización de la operación imperialista, en la explotación de recursos naturales en asociación con el Estado; 4) Una alternativa cualitativamente distinta a las anteriores, no debe omitirse: la reducción del ámbito de operación de la burguesía imperialista, a la condición de financiadora de los proyectos del Estado peruano, pero sin acceso a la gestión de las respectivas empresas y, por lo tanto, recibiendo solamente los beneficios derivados de los intereses y amortizaciones del capital financiero.

Cont. (2) elementos de la producción, y eso puede operar tanto bajo la empresa privada, la empresa estatal, mixta o en las llamadas "autogestionarias". Véase en este sentido, el desarrollo reciente de las investigaciones de Sweezy y Bettelheim sobre todo.

Lo anterior no significa que en el proceso de construcción de una economía socialista, la ley del valor y la mercancía serán suprimidas desde la partida; pero es obvio para los revolucionarios socialistas, que es a su erradicación que se dirigen los esfuerzos de esa construcción. La autogestión, como posibilidad de erradicación del capitalismo, consiste por eso en la autogestión de la economía en su conjunto por los trabajadores, y no meramente de empresas particulares. Para que eso pueda ocurrir, los trabajadores requieren tener como conjunto, la autogestión del aparato Estado. Por eso la revolución socialista es, ante todo y sobre todo, una cuestión de poder de los trabajadores.

Todas estas alternativas contienen el supuesto del desarrollo del capitalismo de estado, como modalidad dominante en la economía peruana, sin que eso implique necesariamente la desaparición o la reducción en términos absolutos de la empresa privada. De hecho, ambos elementos están contenidos en el proyecto del actual régimen, expresados en sus más importantes medidas legislativas.

Así mismo, tales alternativas constituyen el surgimiento probable de una nueva tendencia para la configuración de las relaciones imperialistas en el Perú y susceptible de ser extendida a otros países de la región. Esta nueva tendencia puede ser, a mi juicio, calificada como neo-imperialista por las siguientes razones: 1) Porque altera profundamente, aunque no radicalmente, esto es, en términos de clase, las relaciones entre la economía peruana y el imperialismo, sustituyendo el previo curso neocolonialista; 2) Porque presupone el capitalismo de estado como forma dominante en la economía del país y como la base principal de las nuevas relaciones con el imperialismo, en lugar de la previa relación entre la burguesía privada nativa y la imperialista; 3) Porque entraña contradicciones más profundas en las relaciones imperialistas, pues a diferencia de cuando éstas se basaban en las relaciones privadas directas entre dos niveles de la propia clase burguesa, las relaciones entre un capitalismo de estado nacional-dependiente y la burguesía imperialista, pasan a depender de los agentes sociales concretos que pueden, eventualmente, hacerse presentes en la determinación de la conducta concreta del Estado.

Actualmente, el relativo debilitamiento de la hegemonía del Estado norteamericano sobre los otros de nivel imperialista del capitalismo, la tendencia correlativa hacia un pluricentrismo en este respecto, así como la tendencia equivalente en el área socialista, son factores que pueden permitir un margen de maniobra bastante ancho para las pretensiones y esfuerzos autonomistas de la burguesía y de la pequeña burguesía de los países subdesarrollados.

En este contexto internacional, está igualmente posibilitado un campo de maniobra importante, para todo intento de este tipo de reducir la subordinación respecto de una u otra burguesía nacional-imperialista en particular en este caso concreto, de la norteamericana, sin que eso suponga de modo necesario la ruptura con el sistema en su conjunto. De hecho, esta es la orientación más clara del régimen peruano actual.

Sin embargo, junto con las tendencias al pluricentrismo entre los Estados Nacional-Imperialistas, esta es también la hora de las tendencias hacia una más consistente integración de la burguesía imperialista como clase internacional, y son ya bastante asimétricas las relaciones entre la nacionalidad de los Estados y la nacionalidad de los grupos que controlan los recursos de producción en cada país.

En estas condiciones, todo proyecto de desarrollo nacional que no se disponga en la práctica a la ruptura con la dominación imperialista en términos de clase, es decir, a la ruptura con el capitalismo-viejo o nuevo no podría tener otro camino concreto que mantener, con todas las modificaciones que sea capaz de ejecutar, las relaciones de subordinación con la burguesía imperialista. Las posibilidades de un desarrollo capitalista autónomo, sea por la vía de la empresa privada, o por la de la empresa estatal o por la combinación de ambas, son históricamente nulas en las sociedades donde el capitalismo es dependiente y subdesarrollado hoy, pues los intereses de clase de la burguesía, privada o estatal, imponen para su sobrevivencia la pertenencia a la cadena imperialista, cualesquiera que sean los cambios en la posición relativa de estos países en ese engranaje.

Las Modificaciones en la Cadena Imperialista.

En la evaluación de las alternativas de un proyecto nacional como el peruano actual respecto del imperialismo, es imprescindible tomar en cuenta los cambios en la estructura y en la ideología del imperialismo en su conjunto. Es de la dialéctica entre lo que éste permite o traba y lo que un proyecto de desarrollo nacional conlleva, de donde resultarán gran parte de los límites y de los factores del desenvolvimiento de las relaciones con el imperialismo. En este ensayo caben solamente algunas proposiciones generales acerca de esos cambios.

En primer término, desde el inicio de la experiencia nasserista hasta hoy, mucha agua ha corrido bajo los puentes de la historia. En aquel momento, el capitalismo imperialista no estaba ni estructural ni ideológicamente preparado para enfrentarse flexible y ventajosamente con una situación semejante. Fue probablemente la rigidez y la violencia de la respuesta imperialista, lo que contribuyó a profundizar y a acelerar las medidas nacionalistas, junto con el vecino apoyo de la Unión Soviética y los problemas derivados del conflicto árabe-israelí.

Desde entonces, sin embargo, el desarrollo de los Estados Socialistas, el impacto del creciente poder de China, en particular, el desarrollo de los movimientos nacionalistas en todo el mundo dominado del capitalismo, en suma el desarrollo de los conflictos nacionales y de clase al interior del imperialismo, y entre éste y el área socialista, ha convergido con modificaciones apreciables en la estructura económica y política y en la ideología del imperialismo. Todo lo cual obliga, pero también permite una mayor flexibilidad y capacidad de ajuste de la dominación imperialista a las nuevas situaciones.

Los cambios estructurales en el modo de producción capitalista en los centros hegemónicos, y sus consecuencias sobre las relaciones de poder inter-burgués e inter-nacional imperialista, no solamente permiten sino también requieren reajustes profundos en las relaciones con las burguesías dependientes, con los Estados Nacional-Dependientes y con sus trabajadores.

La organización empresarial conglomerada y el tremendo incremento tecnológico, permite a las burguesías imperialistas operar de manera más diversificada en las economías dependientes. Su volumen y complejidad requiere la creciente racionalización y modernización de sus relaciones de dominación. La diversificación de su ámbito de operación, supone la necesidad y la posibilidad de flexibilidad, pues en tanto que sus intereses no radican como antes exclusiva o casi exclusivamente en un solo sector de producción o en una sola empresa, lo que pierde o arriesga un rubro puede ser ganado o recuperado en otro. Su capacidad tecnológica y las dificultades de rentabilidad de parte de sus inversiones en los centros hegemónicos, permite el desplazamiento de ramas productivas intermedias y de tecnología intermedia hacia los países subdesarrollados, para beneficiarse de los bajos costos de producción y para, con inversiones relativamente bajas, acumular capitales importantes a ser invertidos en los países hegemónicos o reinvertidos en los propios países subdesarrollados ventajosamente. Por todo lo cual, una nueva división internacional de producción es ya no solo posible sino necesaria y está de hecho en pleno proceso.

Los efectos de estos factores en América Latina son bastante visibles. Es notorio, en efecto, que el proceso de industrialización sustitutiva e intermedia en la postguerra, ha sido aquí parte del curso de neocolonización, con todas sus complicaciones sobre la internacionalización del mercado interno de estos países, el control de la acumulación generada o realizada aquí, el aumento de la descapitalización.

Pero ese proceso ocurrió bajo el control del capital monopolista, cuyas necesidades de "racionalización" de la producción y del mercado latinoamericano, permitieron la iniciación de la "integración económica" de la región, hasta los límites compatibles con los intereses monopolísticos. Para que esa incipiente "integración" fuera viable, fue necesario también aceptar y aún estimular la creciente intervención estatal en la economía, alentando a contrapelo las ideologías estatistas de los grupos tecno-profesionales y burocráticos civiles y militares. Debe recordarse que el Pacto Andino, por ejemplo, la expresión más avanzada de las tendencias de integración y de surgimiento de las primeras formas de capitalismo estatal, fue proyectado desde antes que el régimen militar peruano apareciera.

La aparición de conglomerados financieros específicamente destinados a operar en las áreas subdesarrolladas, como ADELA y DELTEC en América Latina, y los principales mecanismos e instituciones internacionales de intermediación financiera (BID, Banco Mundial), constituye a su vez un posible canal importante para contribuir a asegurar la continuidad privilegiada del capital imperialista sobre todo en situaciones como la peruana. Aparte del hecho de que los créditos internacionales van en aumento en este régimen, como se verifica de la reciente decisión del Club de París de recomendar el otorgamiento de 800 millones de dólares para proyectos estatales y privados del Perú, merece considerarse en este caso una alternativa posible para el imperialismo, si el capitalismo de estado se desarrollara como efectivamente dominante en este país. Sweezy y Magdoff (3) tienen probablemente razón en impugnar la tesis según la cual el capital financiero está volviendo a una posición de privilegio en el capitalismo monopólico actual. Sin embargo, admitiendo provisoriamente la corrección de la posición de esos autores en lo que se refiere al capitalismo de los centros hegemónicos, la situación podría presentarse de distinta manera en lo que respecta específicamente a las relaciones con los países subdesarrollados. Pues si en éstos, por determinadas condiciones, se fortalece la tendencia hacia el capitalismo de estado, debería también esperarse la sustantiva reducción del ámbito de operación del capital industrial privado, ya que la respectiva área de actividad tendería a caer bajo el control estatal. Pero las necesidades financieras y tecnológicas de este tipo de economías, podría también permitir la estrecha asociación entre el capitalismo de estado y el capital financiero internacional, el cual quedaría de ese modo en una clara posición hegemónica sobre los demás en el mundo subdesarrollado. Podría así ocurrir, aunque con modalidades y mecanismos largamente diferentes, una relación imperialista equivalente en cierto sentido, a la forma principal de dominación imperialista en la primera etapa postcolonial en América Latina, durante el siglo XIX.

Los desplazamientos de poder internacional en el imperialismo, fundados tanto en la tendencia de integración empresarial y estructural del capitalismo monopólico, como en las dificultades nacionales de la burguesía de los Estados Unidos, cuentan también de manera decisiva para las alternativas de desarrollo de procesos como el peruano. De un lado, posibilitan un campo más ancho y más flexible de maniobras por la tendencia al pluricentrismo nacional-imperialista, por el relativo deterioro de la hegemonía nacional de los Estados Unidos, y de ese modo no

(3) Véase de Paul Sweezy y Harry Magdoff: *The Resurgency of Financial Control: Fact or Fancy?*, en *The Dynamics of U.S. Capitalism*, de ambos autores, MR. Press, 1972, Nueva York.

estimulan la radicalización posible de agentes políticos de ambigua posición de clase frente al imperialismo.

De otro lado, las dificultades internas de los Estados Unidos, junto con el factor anterior, de algún modo traban la capacidad represiva del imperialismo, tanto si se considera particularmente al principal Estado Imperialista como a los demás y a la burguesía imperialista en su conjunto, si se tiene en cuenta, además, la ambigüedad esencial de un proceso como el peruano.

Esos últimos factores, no obstante, van asociados a importantes cambios en la ideología imperialista, en gran parte derivados del ascenso de las luchas de clase y de las luchas nacional-antiimperialista en el mundo contemporáneo. La burguesía imperialista como clase y los Estados Imperialistas, han tenido que enfrentarse crecientemente, sobre todo en los últimos veinte años, con la perspectiva de explosiones revolucionarias en las cuales se arriesgaba la pérdida total de sus intereses, y a admitir en consecuencia la necesidad de reajustes y reformas profundas en sus modalidades y márgenes de dominación, para alejar o amortiguar el riesgo. A aceptar y aún a preconizar la flexibilización y la modernización tanto de su propia dominación, como la de las burguesías dependientes. Ese fue, por ejemplo, el origen explícito del proyecto de la Alianza para el Progreso, frente al impacto de la revolución cubana en América Latina.

Este cambio en la ideología imperialista, no por interesado es menos importante o efectivo. Es bastante probable que fue precisamente por sus efectos, como resultado de sus prédicas, que en América Latina una buena parte de los grupos tecno-profesionales, así como los miembros de instituciones como las Fuerzas Armadas, han venido aproximándose a la admisión de las reformas necesarias. En este sentido, no cabe olvidar que fue la educación desarrollista de los oficiales del Ejército Peruano realizada a la sombra de la ideología kennedista, en instituciones como el CAEM, lo que contribuyó en gran medida a los cambios ideológicos que ahora se expresan en el presente régimen militar. Y tampoco debe omitirse, en este rápido recuento, que la conducta especialmente cautelosa y flexible de la burguesía y del Estado norteamericano frente al proceso peruano, no podría ser totalmente explicada sin considerar estos cambios en la ideología imperialista. Fue muy otra, como se recordará, la actitud respecto no solamente del régimen nasserista, sino de intentos de leños más modestos como el varguismo-gularismo y el peronismo.

Todo esto permite afirmar que en la actualidad, el imperialismo está estructural e ideológicamente preparado para enfrentar este tipo de proyectos nacionales, de manera flexible y cautelosa, para tratar primero de contenerlos sin violencia, dentro del marco del sistema, y reintegrar después en su seno, modalidades nuevas que, aunque molestas, pueden ser a la postre compatibles con la propia lógica de desarrollo del capitalismo imperialista más avanzado.

LUCHA DE CLASES Y PROYECTO NACIONAL.-

Reconocer que el actual régimen militar-tecnocrático, es producto de la autonomización relativa de los grupos de autoridad intermediaria en el Estado burgués, en el marco de la crisis de hegemonía política inter burguesa superpuesta con el cuestionamiento de la legitimidad de esa hegemonía por las clases dominadas, ubica con claridad las raíces históricas y el contenido social de este régimen.

Tal contenido corresponde al de los sectores sociales medios de esta sociedad. Pero, por eso mismo, nadie puede pensar seriamente que de ellos pueda originarse un proyecto nacional con autonomía histórica alternativa a los proyectos de la burguesía o a los del proletariado y el campesinado.

Los sectores sociales medios son atravesados por todas las corrientes ideológicas, que expresan los intereses sociales básicos que se articulan en la sociedad. Su conducta política no puede ser, por consiguiente, ni homogénea para cada uno de sus grupos, ni consecuente para uno cualquiera de ellos. El predominio de una determinada conducta, en un determinado momento, depende del predominio que uno o más grupos puedan haber cobrado en esa coyuntura y de la relación política que éstos tengan allí con las clases básicas de la sociedad.

Esa situación, a su vez, es determinada por el tipo de relaciones políticas que tengan entre sí las clases básicas en esa coyuntura, así como de los mecanismos e instituciones concretas en que la influencia de cada una de aquellas, pueda ejercerse sobre los grupos medios que marcan la línea predominante de conducta del resto de ellos en ese momento. No es, por eso, idéntica la conducta concreta que se puede esperar de los grupos de autoridad intermediaria, como las Fuerzas Armadas y la Burocracia Tecno-profesional, con la que puede esperarse de otros grupos sociales medios no ligados a esas instituciones, a pesar de que el contenido social de ambos tipos de grupos medios es básicamente el mismo.

Si colocamos ahora estas cuestiones, en relación con los condicionamientos y tendencias señaladas en el esquema precedente sobre las alternativas de cambio en la dominación imperialista, se puede percibir que el chance que cada una de las alternativas que se han subrayado como las más importantes puedan llegar a tener en el caso peruano, dependen, hoy día, ante todo del modo como se desenvuelvan las relaciones políticas entre las clases básicas y, por lo tanto, del modo como éstas logren, o no, tener presencia hegemónica en la determinación de la conducta concreta del Estado peruano. En otros términos, del desarrollo de la lucha de clases en esta sociedad.

Ciertos inteligentes observadores de la actual situación peruana, como el Prof. Eric J. Hobsbawm (4), no obstante reconocer que la orientación nacionalista de este régimen no llega hasta ser definitivamente antiburguesa, puesto que está ciertamente en favor de un desarrollo capitalista nativo aunque bajo el control de un sector estatal dominante, concluye que la inexistencia de una burguesía nacional y la debilidad de las empresas privadas, obligará a un crecimiento del sector estatal hasta equiparar la situación peruana a la que hoy existe en los países de Europa del Este. En tal caso, arguye, podría ser pertinente discutir la deseabilidad de amplias burocracias estatales en una sociedad subdesarrollada; pero a menos que se asuma que lo que hoy existe en esos países (Bulgaria o Rumania, por ejemplo) es el capitalismo, esos problemas no son suficientes para calificar un régimen como "burgués-reformista". En tal virtud, según Hobsbawm, la estrategia de desarrollo que los generales elaboran puede ser debatible, pero no puede ser calificada de "proimperialista" y "pro-capitalista".(5)

La esperanza del Profesor Hobsbawm reposa, pues, no tanto en las características reales del "modelo peruano" actual, sino en una supuesta inviabilidad de éste por la inexistencia de una burguesía nacional. Sin embargo, tal vez no es prudente ir tan ligero en este problema. Porque, sin duda, un asunto es la inexistencia de una burguesía nacional, cuyo hecho se ha tratado en estas páginas de mostrar y explicar por el curso neocolonialista del imperialismo en este país, y otro asunto enteramente diferente es la simple negación de la burguesía en esta sociedad.

Débil como es, indudablemente, comparada con la brasileña o mejicana, la burguesía peruana existe no, desde luego, como nacional, sino en tanto que burguesía neocolonial, salvo los estratos de mediana y pequeña burguesía urbana y rural, sin capacidad de competir con la anterior. Negar simplemente la existencia de aquella burguesía porque no es nacional, sería también una mera "devaluación del lenguaje". A menos naturalmente, que el Prof. Hobsbawm probara que lo que existía en el Perú antes del actual régimen, era solamente un conjunto de sectores medios y de proletariado y campesinado, y la única burguesía era la extranjera imperialista.

Por otra parte, no se ve porque debe descartarse automáticamente la inviabilidad del fortalecimiento, dentro de ciertos límites, de los grupos urbano-industriales de la burguesía nativa, si al mismo tiempo se admite la palmaria realidad de los esfuerzos del régimen militar, para incentivar el crecimiento de la empresa privada nativa en todas las áreas de actividad no incluidas en el exclusivo control estatal. Y esas no son de poca importancia: la industria estrictamente manufacturera, la construcción, el comercio interno y los servicios.

-
- (4) E.J. Hobsbawm: Perú: The Peculiar "Revolution", publicado en New York Review of Books, 16 de diciembre 1.971 (Ha sido traducido y publicado en Lima, en el Suplemento Político de La Crónica, diario oficialista de Lima).
- (5) E.J. Hobsbawm, op. cit.

Se puede admitir sin dificultad, que el desarrollo de la burguesía nativa privada, podría no alcanzar la magnitud necesaria para erigirse como dominante frente al sector estatal, si se mantiene la tendencia de desarrollo del capitalismo de estado. Pero no se justifica descartar en las presentes circunstancias, la posibilidad de una prolongada coexistencia en una economía capitalista, de un sector estatal dominante con un sector de empresa privada importante aunque subordinada al primero, y aún más, en estrecha asociación con él. Y, además, si bien desde el punto de vista de las tendencias de largo plazo, existen las bases para avizorar el crecimiento del sector estatal, éstas no son suficientes como para esperar que eso ocurra a un plazo próximo y sobre todo, en la magnitud necesaria para generar una situación análoga a la que existe hoy en Europa del Este. El Prof. Hobsbawm adelanta, quizás, demasiado sus deseos sobre la realidad.

Si todos estos elementos son puestos en relación con la tendencia del régimen militar a asociar a la burguesía imperialista a los proyectos del Estado, no solo financieramente sino en la producción misma y en la gestión de las empresas (minas, petróleo, principalmente, y en la comercialización internacional de minerales), la perspectiva propuesta por Hobsbawm aparece todavía más incierta.

Pero todo ello, el Prof. Eric J. Hobsbawm, brillante historiador del capitalismo británico del siglo pasado, no acierta a colocar en una apenas parcialmente correcta visión de la realidad peruana (inexistencia de una burguesía nacional), o en el nivel de la psicología de los generales ("las intenciones de los generales no son dudosas"), sus buenos deseos para el curso "antiimperialista" y "anticapitalista" de la "peculiar revolution" peruana.

Si, las intenciones cuentan. Pero como el propio Hobsbawm admite, ni aquellas son tan claras ("Sin embargo, las medidas de los generales no son intentadas para ser anti-business"), ni hay porqué olvidar el adagio de los antiguos chinos, que enseñaba que de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno.

Otra es pues la arena en la cual esta historia será decidida: la de la lucha de clases. Una vez más, de las relaciones políticas entre la burguesía (imperialista y nativa) y el proletariado y el campesinado, y de las relaciones políticas que con cada uno de ellos tengan los especiales grupos medios que hoy detentan el poder, depende la orientación que en adelante pueda guiar la conducta del actual régimen y el carácter del proceso en su conjunto. La política no resulta automáticamente solo de las características socio-económicas de las clases básicas, ni solamente de las ambiguas intenciones de una burocracia.

La debilidad política de las clases básicas ya manifiesta en el proceso mismo de crisis de hegemonía política, ha sido muy claramente mostrada en la actual coyuntura. Eso es, justamente, lo que explica el excepcionalmente amplio margen de autonomía relativa con que han podido operar los actuales mandantes. Pero ni esa debilidad es compartida equitativamente por tales clases, ni la conducta de los grupos medios en el poder ha sido uniforme para con cada una de ellas, ni recíprocamente la de éstas con aquellos.

En primer término, la debilidad política de la burguesía es largamente mucho menor que la del proletariado y el campesinado. Podría parecer que la liquidación de sus grupos oligárquicos para la reforma agraria, la debilita aun más; pero es exactamente a la inversa.

Las medidas contrarias a los grupos oligárquicos de la burguesía en el Perú, mientras no van acompañadas de otras medidas contra los grupos urbano-industriales de esa clase, producen un curso de homogenización socio-económica y de cohesión política de la burguesía y la base de hegemonía de sus grupos monopolísticos asociados a los más dinámicos y modernos grupos de la burguesía monopolística internacional, organizados en corporaciones multinacionales.

Dentro del mismo contexto, la ampliación de los grupos medios tecnoburocráticos, y de la pequeña y mediana burguesía rural y de la pequeña y mediana burguesía comercial urbana, que son efectos necesarios del tipo de organización de la actividad económica que ahora se desarrolla, no solamente son convergentes con la remoción de las características socioeconómicas concretas de la burguesía peruana, sino que, sobre todo, pueden fortalecer las bases sociales de la hegemonía política burguesa, sea que ésta esté organizada sobre la base de la empresa privada o sobre una asociación estrecha entre la empresa capitalista estatal y la empresa privada.

Desde el punto de vista de la burguesía, pues, el resultado principal de la lógica mayor de este proceso de reformas, consiste ante todo en: 1) Su homogenización socio-económica que se deriva del hecho de que sus bases económico-sociales son definitivamente radicadas en el crecimiento de los sectores urbano-industriales de la economía del país, vale decir de los sectores más modernos de ésta. 2) Su mayor capacidad de cohesión política, derivada de la liquidación de las disputas hegemónicas entre los grupos oligárquicos y los no-oligárquicos de la clase, puesto que las bases de poder de los primeros han sido erradicadas. 3) La posible ampliación de las bases sociales de la dominación política burguesa, derivada del ensanchamiento de la mediana y pequeña burguesía urbano-rural, producto a su vez de las medidas modernizadoras del régimen, y

del ensanchamiento de los grupos medios tecno-profesionales y burocráticos, que el proceso estimula tanto por la vía de la ampliación de las actividades estatales como de la empresa privada.

Estos cambios en el contenido socioeconómico concreto de la burguesía peruana, y en las bases sociales de su dominio político, están asociados, además, a los cambios en las relaciones con la burguesía imperialista y con el aparato burocrático del Estado. En el primer aspecto, esas relaciones tienden a articularse con los más modernos y poderosos grupos monopolísticos de la burguesía internacional, y menos con los pulpos tradicionales, y cuentan así mismo con un instrumento estatal fortalecido, modernizado y racionalizado, que se prepara a cumplir una función de defensa de una proporción mayor de los beneficios. El segundo aspecto, derivado del hecho de que las empresas estatales siguen operando con criterios capitalistas, implica no solamente una posible asociación mucho más estrecha de la empresa privada y de la empresa estatal capitalista, transferencias orgánicas de recursos y de beneficios, sino también una más ventajosa intermediación del Estado entre la burguesía imperialista y la nativa, derivada de la creciente y explícita tendencia de asociación entre el área de capitalismo de estado y las corporaciones multinacionales.

Es decir, no únicamente se están modificando las bases socio-económicas concretas de la clase burguesa por las reformas antioligárquicas, sino también las condiciones concretas de sus relaciones con el Estado y con la burguesía imperialista. Pero todo ello apunta claramente no a un debilitamiento político de la burguesía, sino a su fortalecimiento sobre bases concretas muy diferentes que en el período anterior a este régimen.

No es este, probablemente, el camino mejor que la propia burguesía habría preferido para cristalizar las tendencias ya en curso en los últimos decenios (6), si hubiera tenido la capacidad y la posibilidad de realizarlo bajo su control directo. Pero es también efectivo, que a pesar de las molestias y desasosiegos que este estilo de proceso reformista le haya ocasionado en una primera etapa, bajo la conducción de los grupos medios en funciones de autoridad política intermediaria, los resultados llevan en definitiva agua al molino de la dominación capitalista.

(6) Véase de Aníbal Quijano: Naturaleza, Situación y Tendencias de la Sociedad Peruana actual, en Pensamiento Crítico, mayo 16 de 1968, La Habana, Cuba.

Las clases dominadas, proletariado urbano y rural, campesinado minifundario y capas pauperizadas de la pequeña burguesía urbana, que conforman la amplia mayoría de la población del país, están en una situación política que se compara muy desventajosamente con la de la burguesía.

Si bien algunos grupos minoritarios del proletariado rural y del campesinado, han sido beneficiarios pasivos de las reformas antioligárquicas, la gruesa mayoría de esos sectores sociales no solamente no podrá tener acceso a esos beneficios (Hosbawn admite que alrededor del 80% del campesinado quedará sin tierra), sino que dadas las tendencias del crecimiento y modernización de la economía industrial-urbana, continuaría su actual proceso de marginalización económico-social, del cual son igualmente víctimas los grupos pauperizados de la pequeña burguesía urbana.

También algunos segmentos minoritarios del proletariado urbano-industrial, reciben por medio de la legislación de reforma de la empresa que incluye las llamadas "comunidades laborales", la oferta de la co-propiedad de las acciones y de la co-gestión de las empresas, a lo largo de un proceso cuyos mecanismos y cuya duración hacen de esa oferta una dudosa hipótesis. Pero lo que es más importante, aún si esa posibilidad fuera más cierta, su finalidad explícita voceada en todos los tonos y en todas las ocasiones, es precisamente la de "suprimir" por ese medio la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, emboscando con recursos jurídicos las relaciones económico-sociales reales. Y el hecho de que esa finalidad sea, en definitiva, una utopía reaccionaria, no disminuye el otro hecho real de que la política concreta del régimen se endereza enérgicamente a reprimir la lucha de clases inevitable aún bajo esos nuevos mecanismos jurídicos. Es decir, a la represión de la lucha del proletariado contra la burguesía.

Dentro de este cuadro, no obstante, lo que es más significativo para caracterizar la actual situación política del proletariado, es la marcada debilidad de su desarrollo político, tanto desde el punto de vista de su educación y organización política, como aún desde el punto de vista de su organización sindical.

La educación política del proletariado peruano fué hecha ante todo en las luchas antioligárquicas, bajo el liderazgo concreto y bajo la influencia ideológica de los sectores medios reformistas, y solo segmentos muy reducidos de la clase recibieron la influencia de las corrientes revolucionarias socialistas. El Apra, en primer lugar, y más tarde el desleído populismo de Acción Popular (Belaúnde), fueron los canales mayores de esa influencia ideológica burguesa y pequeño-burguesa.

Peor aún, el grueso del proletariado industrial-urbano del país, emerge en proceso de clase a lo largo del curso de expansión de los sectores urbano-industriales de la economía en las dos últimas décadas. Cuando este proceso ocurre ya el APRA se ha pasado con armas y bagajes al par que contrario, el Partido Comunista Peruano (pro-Moscú) carece de la magnitud necesaria para ejercer una influencia masiva, y en la última década los nuevos grupos revolucionarios que surgen tras las huellas de la revolución cubana o como consecuencia de la ruptura chino-rusa, o bien se dedicarán a las guerrillas o bien se mantendrán básicamente encerrados en los límites de la acción estudiantil, con alguna influencia en reducidos núcleos campesinos. Esto es, el nuevo proletariado que surge masivamente en el crecimiento de la economía urbano-industrial, no tendrá en verdad canal alguno de educación política de clase, de movilización y de organización políticas con autonomía de clase, ideológica y orgánicamente. No fue por casualidad que el principal competidor político del APRA hasta hace poco, fuera justamente el agua chirle del populismo belaundista.

Es verdad que en los años recientes, todas las organizaciones populistas y reformistas han venido perdiendo su influencia sobre las masas, y que las corrientes ideológicas revolucionarias han venido ganando terreno en la educación política de las masas dominadas. Pero, esa influencia nueva de las tendencias socialistas, corre por el momento mucho más en ventaja de los movimientos tradicionales, cuya crítica política del sistema es básicamente una crítica de denuncia de los efectos más que de la estructura de la dominación, y que se orienta más hacia una postura nacionalista general, que hacia una postura antiimperialista de clase.

El desarrollo del movimiento sindical de los trabajadores, entrampado durante un largo período en la instrumentación de las aspiraciones reformistas de los sectores medios, muy lenta y solo recientemente está dando paso a una reorientación que trata de rescatar la autonomía de clase de las organizaciones sindicales. Pero aún en este orden, la táctica disyuntiva colocada por este régimen, entre las "comunidades laborales" y los sindicatos, surge como un factor que no dejará de obstaculizar el desarrollo del movimiento sindical y político de clase, obligando al proletariado a entramparse en una lucha política interna, mientras su enemigo por el contrario cancela sus previas pugnas políticas entre sus grupos oligárquicos y sus grupos no-oligárquicos.

La burguesía privada retiene el control de sus medios de comunicación masiva, de todos los recursos de publicidad y de propaganda, que le permiten no solamente una persistente defensa ideológica del sistema, sino también la expansión de los modelos de vida del capitalismo de consumo, mientras que el proletariado no dispone de nada equivalente.

La burguesía está renovando aceleradamente sus organismos de clase, mientras que el desarrollo de las organizaciones del proletariado son incipientes y débiles, no solamente en el nivel político sino también en el nivel sindical, habida cuenta, además, de que en esto último, las centrales sindicales nacionales nuevas no logran aún sobrepasar una conducta vacilante y ambigua frente al régimen reformista.

Creo que el Prof. Hobsbawm tendrá serias dificultades para probar que la burguesía es inexistente en el Perú, y para probar que en la actual relación política entre la burguesía y las clases dominadas, y ante todo el proletariado, aquella es la más débil.

La conducta de los grupos de autoridad intermediaria, burocracia tecno-profesional y burocracia militar, que hoy detentan el control del aparato del Estado, no ha sido políticamente favorable a las clases dominadas, excepto hasta el límite en que las más urgentes reivindicaciones inmediatas de algunos grupos dominados han sido atendidas y los intereses de los grupos más reaccionarios de la burguesía han sido, por eso mismo, afectados en esa misma medida.

En efecto, lo que es el rasgo más destacado de la conducta de este régimen en relación a las clases básicas, es que mientras que de un lado se erradicaba las bases de poder de los grupos oligárquicos de la burguesía y se obligaba a los otros grupos a admitir la reforma de la empresa, del otro lado se ha mantenido a las masas dominadas celosamente desmovilizadas, durante todo el tiempo necesario para que las reformas fueran institucionalizadas sin la participación política activa y consciente de las masas.

Así, por lo que respecta a las clases dominadas, mientras que algunos de sus segmentos minoritarios aparecían como receptores pasivos de los beneficios de las reformas antioligárquicas, la amplia mayoría fue obligada a aguantar el deterioro de sus salarios reales en nombre de una hipotética copropiedad y cogestión futura de las empresas, y a someterse a un estado de desmovilización política y de represión, aunque selectiva, violenta en cada ocasión en que han intentado presionar por la mejora de sus salarios y condiciones de trabajo, o de presionar por la nacionalización de las empresas imperialistas más agresivas como la Cerro de Pasco, a las cuales el régimen tendrá que combatir junto a las masas, para ser consecuente con sus proclamaciones nacionalistas.

Es importante recordar que durante la huelga de maestros, el gobierno pareció vacilar entre una línea represiva y una línea de temporización, que mostraba las contradicciones políticas en su seno. Pero cuando finalmente decidió la represión, lo hizo denunciando la existencia de una conspiración en marcha, organizada por los grupos burgueses reaccionarios

y de cuyo complot la huelga magisterial era un instrumento. Si tal complot existió o no en la realidad, debe saberlo el régimen solamente, ya que sus detalles no fueron nunca comunicados al pueblo. Lo que es revelador, sin embargo, es que la represión recayó exclusivamente contra los líderes más prestigiados de la izquierda como Hugo Blanco, y contra la dirección de la huelga magisterial. A pesar de que se denunciaba un complot de la derecha, solamente la izquierda fue reprimida.

Del mismo modo, numerosas veces los portavoces del régimen han denunciado la retracción inicial de inversiones privadas, como parte de una conspiración burguesa contrarrevolucionaria. No queda, sin embargo, señal alguna de que esa conducta de la burguesía fuera sometida a represión, económica o política. Pero en cada ocasión en que los trabajadores han intentado hacer valer sus exigencias por medio de huelgas, la represión no dejó de ejercerse.

El régimen cede a las presiones de las masas, como en el reciente caso de los complejos agroindustriales de la Costa, o en la huelga general de Arequipa, solo cuando se hace visible la masividad y la decisión de la presión de masas, pero también por lo menos hasta aquí en todos aquellos sectores en que sus relaciones con la burguesía imperialista, o con los grupos mayores de la burguesía nativa, no están abiertamente en riesgo. La política frente a los trabajadores de las cooperativas, que tras largas presiones de aquellos, decide otorgarles una mayor participación en la gestión de las empresas, es por eso bien diferente de la que reprimió a los mineros de la Cerro de Pasco que clamaban por la inmediata nacionalización de esa empresa. En todo caso, las masas han aprendido la lección fundamental: solo por su masiva movilización y combatividad, pueden arrancar las concesiones necesarias.

Esto último obliga a preguntar al Prof. Hobsbawm, por el significado de sus recomendaciones a los líderes militares, cuando al mismo tiempo que les señala que ahora es el tiempo de considerar la adecuación de sus medidas a sus metas, les señala también que son afortunados de no estar sometidos a las presiones de las masas, ya que el Perú no está ahora a la vera de una explosión social como entre 1958-63. ("En este momento el Perú no está en la vera de una explosión social, como parecía estarlo entre 1958-63. Pero no hay razón para creer que la tensión puede permanecer amortiguada permanentemente", y más adelante, "Los militares peruanos han sido hasta aquí suficientemente afortunados para planear y actuar sin otras constricciones que las de la debilidad y el subdesarrollo de su país. Para ellos, el tiempo de considerar si sus políticas son adecuadas para alcanzar sus objetivos, es ahora") (el subrayado es mio).

Cree, acaso, el Sr. Hobsbawm, que es con el liderazgo de grupos de autoridad intermediaria, de condición burocrática, y sin las presiones de las masas, que una revolución puede de veras llevarse a cabo?. Quien así pensara, forma parte de la dudosa tendencia de quienes creen que es posible una revolución "ordenada", sin la activa y autónoma presencia de las masas. Una revolución no es sola, ni principalmente, el "cambio de las estructuras", como el propio Hobsbawm admite. La revolución es una cuestión de poder de las masas mismas de las clases dominadas, su acción creadora y liberadora, la reconstrucción de la historia a su propia manera y bajo su comando histórico. Su ausencia en un proceso histórico, no puede en caso alguno permitir que alguien sostenga, junto con proclamar sus simpatías revolucionarias, que los gobernantes son "fortunate enough" de no haber estado sometidos a la presión y a la constricción de las masas.

Sobre un tal modo de relación política entre este régimen y las clases dominadas, es decir, aislamiento y desmovilización política de las masas, no se puede esperar que el régimen se mantenga aislado en sí mismo y sin interlocutores políticos efectivos. Si no son las masas dominadas, forzosamente habrán de ser las clases dominantes. Y eso es, exactamente, lo que hace rato ha comenzado a ocurrir en el Perú.

Si bien régimen alguno llegó a tener inicialmente, un tan amplio margen de relativa autonomía frente a la burguesía, en condiciones no revolucionarias, el aislamiento de las masas populares, va dando paso a un diálogo político cada vez más cordial y comprensivo entre el régimen y la burguesía nativa e internacional.

Para mostrarlo están los créditos blandos a las empresas privadas, por la banca nacionalizada como en el caso de CUVISA, la asociación financiera de COFIDE con empresas privadas, como con las Empresas Eléctricas Asociadas, con grupos burgueses internacionales para la fabricación de brocas de perforación, con Pesquera San Blas, etc., las exoneraciones de impuestos a las exportaciones no-tradicionales, los recientes contratos mineros y petroleros, y el creciente flujo de créditos e inversiones extranjeras.

La etapa inicial de efectiva autonomía relativa, que el régimen usó para eliminar las bases del poder de los grupos oligárquicos de la burguesía y para obligar a los restantes a aceptar la reforma de la empresa que incluye la "comunidad laboral", mientras mantenía vigilantemente la desmovilización política de las masas, actualmente está cediendo el terreno a un creciente entendimiento entre la burguesía nativa e internacional y el régimen, que se expresa en el reciente rumbo de la política económica del Estado. Junto con el fin de los arrestos doctrineros de los portavoces del reformismo, comienza a instalarse en la política cotidiana del régimen, la preocupación y la consigna básica de eficiencia, orden, productividad, al servicio de esa política económica.

El Prof. Hobsbawm, conocedor de todos estos hechos, alienta la esperanza, de que del Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS), debe salir algo que permita corregir los "errores" del régimen frente a las clases dominadas, y reorientar el proceso en una dirección anticapitalista. El reconoce que las formulaciones sobre este particular son "notablemente vagas", pero asume que "algo, se espera, podrá desenvolverse" ("Something, it is hoped, will evolve").

Sí, no son muy claras las formulaciones oficiales al respecto. Pero no tanto. Por lo menos lo que no se quiere, es muy claro. No se quiere ninguna movilización políticamente organizada, con autonomía organizativa e ideológica respecto de las instituciones del Estado burgués, sino la incorporación de las masas al ámbito de operación de las nuevas instituciones estatales: oficina nacional de desarrollo de los pueblos jóvenes, oficina nacional de desarrollo cooperativo, oficina nacional de desarrollo comunal, fondo nacional de desarrollo económico, corporaciones regionales de desarrollo, dirección general de promoción comunal, dirección de organización campesina, dirección de comunidades campesinas, dirección de promoción y difusión de Reforma Agraria.

Así, el verbalismo acerca de impedir la manipulación de las masas por los partidos políticos, encubre una política de encuadramiento de las masas dominadas bajo el control directo de la burocracia estatal. No parece accidental, en ese sentido, la elección de los términos de "movilización social" en lugar de "movilización política", y el cercano parentesco de esa terminología con ciertas "teorías" en boga de la ciencia política más reaccionaria de los Estados Unidos (Deutsch).

Nada es mejor verificado en la historia revolucionaria, en especial en la de las revoluciones fallidas o derrotadas, que la necesidad de organizaciones políticas autónomas de las clases dominadas. Todo aquello que obstaculice el desarrollo de esas organizaciones, no puede ser admitido en la misma línea de una revolución socialista. O no, Sr. Hobsbawm? A los intereses históricos de qué clases cree Ud. que servirá la frondosa burocracia de SINAMOS?

Los elementos corporatistas implícitos en ese sistema de "movilización social" no han sido observados solamente por la izquierda peruana, sino también por otros sectores políticos (Peruvian Times, Nos. 1622 y 1623, Febrero de 1972). La presencia de una tendencia corporativista, no significa necesariamente que todos los funcionarios del SINAMOS estén conscientemente diseñando un modelo corporatista de organización política para el Perú. Lo que significa es que a pesar de sus intenciones verbales ("democracia social de participación plena"), es la naturaleza del poder político actual lo que determinará el curso real de las relaciones entre el Estado y las masas en el futuro próximo. La conquista del poder por esas masas, no podrá hacerse a través de la mediación de agencias burocráticas del propio Estado burgués.

IZQUIERDA, ULTRAIZQUIERDA Y OTRAS ESPECIES.-

No era, pues, necesario, Prof. Hobsbawm, caricaturizar tan al extremo la posición de la izquierda revolucionaria peruana en el curso de este proceso. Ud. nos hace decir, insólitamente, que: "contra toda evidencia (la izquierda marxista) considera las finalidades declaradas del gobierno, como no mucho más que un señuelo, diseñado para hacer la nueva versión del capitalismo dependiente, más palatable a las masas".

No, no es así tan ingenua la izquierda revolucionaria peruana. Esta no enfoca el actual proceso como el rostro de un truco maquiavélico, sino como un complejo proceso en el cual tiene que aprender todos los días a distinguir en cada medida, en cada situación, cómo se sirven los intereses de cuál clase y fracción de clase, dónde se sitúan los linderos entre los intereses y conflictos secundarios y los intereses y conflictos fundamentales. Este es el terreno en el cual hay que ir a buscar las "evidencias" de la naturaleza de clase de este régimen y de sus alternativas políticas de desenvolvimiento. Ud. en cambio nos propone como "toda evidencia", extractos de los discursos oficiales.

La izquierda revolucionaria del Perú sería, en cambio, realmente ingenua, si admitiera simplemente que las medidas cumplidas y la proclamación de intenciones traducidas en la "meaningless phrase" de "ni capitalismo ni comunismo", y acompañadas de una persistente condenación de la lucha de clases, son bastantes para demostrar el carácter genuinamente antiimperialista, en un sentido anticapitalista, de este régimen, y que hay que conformarse con esperar que de ellas nazca inevitablemente un derrotero socialista, porque la burguesía peruana no es nacional.

Lo sería aún más, si admitiera que lo más revolucionario es mantenerse en los límites de un apoyo pasivo, con salpicaduras "críticas" a los "errores" ya varias veces sangrientos con las clases dominadas, u optara por cambiar su papel de agitadora y organizadora política de los trabajadores, por el bien remunerado papel de eminencia gris, ideológica o tecnocrática, del régimen actual.

Desde luego, así como no faltan social demócratas bien intencionados y optimistas con el progresismo capitalista de los reformistas, tampoco faltan ultraizquierdistas sectarios y miopes en todas partes. Casi siempre, aquellos son los más. Pero la izquierda revolucionaria peruana, organizada ya o en curso de serlo, sabe mejor que otros su actual debilidad, y mejor que nadie reconoce que este régimen contribuyó a desocultar ésta a fondo. No puede hacerse la ilusión inútil, de pretender que está lista para tomar la alternativa de poder hoy y aquí. No puede olvidar, tampoco, que en la presente situación peruana, no está entrañado

solamente el peligro de fortalecimiento de la alianza política entre la burguesía nativa-internacional y la tecno-burocracia estatal, de hoy, sino también el peligro de sustitución de este régimen por uno de tipo brasileño, aunque una regimentación autoritaria de las masas puede no requerir necesaria y fatalmente, la masividad y la brutalidad de la represión brasileña.

Sin embargo, la izquierda revolucionaria del Perú, sabe también, que el mero apoyo crítico desde el interior del aparato burocrático del régimen -el Prof. Hobsbawm verifica que otra clase de crítica no es tolerada de buena gana- tampoco sería suficiente para impedir la materialización de esos riesgos y creer que lo sería es, en verdad, algo más que la ingenuidad. La imagen de la represión fascista a la brasileña, como la más probable alternativa inmediata al régimen actual si éste fuera sustituido, no puede ser admitida como una suerte de chantaje para paralizar la acción de la izquierda sino como un problema para cuyo enfrentamiento, es indispensable, precisamente, levantar urgentemente la acción organizada de las masas.

EL TERRENO DE LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA.-

Toda pretensión de comparar la situación de la izquierda peruana actual con la de los grupos marxistas frente al peronismo, tal como lo hace Hobsbawm, carece de fundamentos sólidos. Durante el régimen peronista, las masas trabajadoras mismas eran peronistas, organizadas política y sindicalmente en respaldo de aquel régimen, porque fue justamente por la organización política de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, que el peronismo se enfrentó a los grupos oligárquicos de la burguesía y a los aliados imperialistas de esos grupos. Muy al contrario, pues, que la cuidadosa desmovilización política de las masas de trabajadores durante todo el período reformista del actual régimen peruano.

Si el proletariado argentino de hoy tiene la capacidad y la organización política necesarias para enfrentar la dictadura militar-burguesa, es precisamente, porque, no obstante todas las limitaciones e incongruencias de la ideología del peronismo tradicional, los trabajadores pudieron organizarse con la autonomía de clase suficiente para combatir no únicamente contra el poder burgués mismo, sino también contra todos los agentes que lo sirven desde los propios rangos de la burocracia sindical.

Todo ello, y esto debe ser establecido con claridad, no significa que la acción de la izquierda revolucionaria peruana tenga que orientarse en una dirección simplísticamente anti-militarista o anti-gobiernista. La acción se orienta y debe orientarse contra las modalidades de dominación burguesa nativa-imperialista, tradicionales y nuevas, y desde ese punto de vista contra todas las concesiones que se hacen o se puedan hacer durante este régimen a esa dominación.

La izquierda revolucionaria peruana sabe que con su actual debilidad, que forma parte de la débil educación y organización revolucionaria de las masas dominadas, requiere la sabiduría y la flexibilidad tácticas necesarias para no alejar aliados posibles e indispensables, también entre los propios grupos tecno-profesionales y militares. Pero debe señalarse con igual énfasis, que la flexibilidad táctica solo puede tener justificación si corresponde a la más rigurosa inflexibilidad en los principios, esto es, en la inflexible vigilancia del contenido de clase de las medidas concretas y de las consecuencias de esas medidas, a las cuales la acción política del régimen y de cada una de sus fracciones componentes aparezca asociada.

No es en nombre de una percepción liberal sobre los militares, que la actual izquierda revolucionaria del Perú hace presentes sus propias alternativas. No hay casi ejemplo de revoluciones socialistas exitosas, que no hayan contado con el pase de importantes sectores de las fuerzas armadas a la causa de la revolución, pues esas instituciones son como todas las demás, atravesadas por la lucha de clases, especialmente en los momentos de la agudización de éstas. Pero eso no es lo mismo que decir que las masas no tienen alternativa mejor, bajo cualesquier circunstancia, que contentarse con seguir, como furgón de apoyo, las normas que establezcan las Fuerzas Armadas como institución en su conjunto. Ningún revolucionario debe olvidar, en este sentido, que aquellas son, en tanto que institución, el esqueleto mismo del Estado burgués.

Ha quedado señalado en este trabajo, que la pequeña y mediana burguesía peruana sufre también la dominación imperialista, con la complicidad de la gran burguesía nativa. Ciertamente, de allí no se sigue automáticamente que aquellos estratos tengan por eso una vocación antiimperialista consecuente, esto es, radical. Pero eso no excluye la posibilidad de una política revolucionaria capaz de ganar la alianza, aún considerada su incongruencia, de algunos de sus grupos importantes para la causa de la lucha contra la dominación imperialista burguesa. Establecido eso, debe también señalarse con mayor énfasis, que solo una dirección política rigurosa y sistemáticamente adherida a los intereses históricos de las clases explotadas y fundada en la acción de ellas, puede ser realmente capaz de conducir a una ruptura efectiva con la dominación imperialista e iniciar el tránsito a la construcción del socialismo.

Los revolucionarios socialistas de todas partes, sabemos por la rica experiencia revolucionaria contemporánea, que debajo determinadas condiciones, regímenes surgidos de la crisis del orden burgués, pero con un contradictorio contenido de clase, pueden profundizar esa crisis y abrir el paso a un proceso revolucionario. Pero los revolucionarios socialistas de todo el mundo, sabemos también que sería un puro utopismo

reaccionario en definitiva, esperanzarse en que ese proceso revolucionario pueda profundizarse y enderezarse en la vía del socialismo, mientras las propias masas dominadas no hayan alcanzado el liderazgo real del proceso, en nombre de sus propios intereses históricos, con sus propias organizaciones políticas. Solo el poder político de los trabajadores mismos, puede realmente profundizar la crisis del orden burgués y orientar el proceso en una dirección revolucionaria. De otro modo, a despecho de las buenas y ambiguas intenciones de los grupos medios, y de la acción de las eminencias grises al servicio de ellos, pero alejados de los movimientos de masas, en el curso del proceso tenderán normalmente a re-engancharse los intereses de las clases dominantes con la acción política de regímenes que, inicialmente, tuvieron la posibilidad de contar con algún margen de relativa autonomía respecto de aquellas. Todo parece hoy día en el Perú, indicar que esta alternativa está en pleno desarrollo.

El Prof. Hobsbawm se sorprende de que los minoritarios segmentos de las masas dominadas, cuyas reivindicaciones inmediatas han sido atendidas a través de las reformas antioligárquicas, no demuestren ningún entusiasmo por el actual régimen militar. No obstante, nadie en la izquierda revolucionaria del Perú puede olvidar, que en las actuales circunstancias, no se trata de si las masas apoyarán o no a este gobierno, sino ante todo de si este gobierno será o no capaz de apoyar las luchas de las masas contra sus dominadores y de apoyarse en ellas para contribuir a la crisis definitiva del orden burgués imperialista, y más todavía, para admitir en definitiva el liderazgo histórico de las masas dominadas y de sus organizaciones, si es la revolución socialista la que se quiere.

No es, por eso, revolucionariamente lícito, reclamar el apoyo de las masas dominadas y de sus organizaciones políticas, solo para proyectos que contemplan la satisfacción parcial y provisoria de las más urgentes reivindicaciones inmediatas de las masas, mientras de otro lado se reajustan y se renuevan los mecanismos de la dominación y de la explotación capitalista.

Ramón Collar advirtió, al día siguiente mismo del golpe de octubre de 1968 (7), que la izquierda peruana no podía subestimar la actitud nacionalista de algunos núcleos de las fuerzas armadas y de sus aliados tecno-profesionales, y que era su obligación ayudar a clarificar y a definir esa actitud en un sentido revolucionario, es decir, en la dirección de clase del proletariado y del campesinado. Pero advirtió, también, que para lograrlo había que defender a toda costa la autonomía

(7) Ramón Collar: El Golpe Militar en el Perú, en el contexto de la realidad peruana y latinoamericana, Lima, Octubre de 1968 (publicación mimeografiada del Centro de Estudiantes de la Universidad Agraria, reproducido en Pensamiento Crítico, 27 de abril de 1969, La Habana, Cuba).

política de los trabajadores, que no se podía abandonar el lado de las masas para pasarse simplemente a los cuadros burocráticos del régimen militar. Solo dentro de esa perspectiva, era posible ayudar a la clarificación y a la definición política revolucionaria de los núcleos más honestos de nacionalistas reformistas.

Aquella advertencia no ha perdido, quizás todavía, toda su vigencia. Pero en la etapa actual de este proceso, cuando el diálogo entre los grupos de autoridad intermediaria que controlan el Estado y la burguesía de dentro y de fuera se va haciendo más estrecho y cordial, las bases coyunturales que justificaban aquella proposición, pueden estar debilitándose rápidamente.

No obstante, la izquierda revolucionaria no puede hacer a un lado la posibilidad de que entre los propios grupos sociales medios que hoy tienen el control del Estado y, sobre todo, entre aquellos que los apoyan políticamente, por la misma naturaleza social contradictoria de tales grupos, puedan existir sectores que vehiculan tendencias nacionalistas relativamente próximas al nacionalismo antiburgués del proletariado y del campesinado. Las crecientes concesiones del régimen a la burguesía nativa e imperialista, son indicaciones importantes de que la fuerza relativa de esas corrientes nacionalistas dentro del actual régimen se están debilitando, principalmente en lo que se refiere a su participación en la elaboración de la política económica del régimen. A pesar de eso y también por eso mismo, los minoritarios grupos con actitud más radical dentro de las fuerzas armadas y dentro de la burocracia, pero especialmente entre los grupos de apoyo político del régimen, no deben ser abandonados a la influencia ideológica y política de la burguesía y deben ser ayudados a depurar y a profundizar su tendencia nacionalista, en una dirección socialista.

Dentro de este cuadro coyuntural, la izquierda revolucionaria no puede y no debe abandonar su acción movilizadora y organizadora de las masas del proletariado y del campesinado, principalmente; pero dada su debilidad relativa actual, está forzada a evitar un tipo de enfrentamiento que no podría sostener exitosamente con sus actuales fuerzas, ya que de lo contrario sus mejores posibilidades de desarrollo en el próximo futuro estarían seriamente comprometidas. En este camino, es necesaria la alianza táctica con los sectores antes mencionados, la convergencia entre los nacionalistas más radicales y los antiimperialistas que expresan los intereses históricos de la revolución socialista.

Sin embargo, en tanto que la izquierda socialista revolucionaria, no puede y no debe abandonar el lado de las masas, esa alianza y esa convergencia posibles y necesarias, dependen hoy día mucho más de la propia acción, de la propia conducta de los grupos nacionalistas que participan en el poder, en cualesquiera de sus niveles. La izquierda socialista, empero, debe estar preparada para propiciar y desarrollar esa convergencia política, sin sectarismo pero sin concesiones políticas de tal magnitud que puedan comprometer el curso revolucionario de mediano y largo plazo. No al sectarismo, pero no igualmente al oportunismo. No será un cambio fácil, pero tiene que ser construido.

Si el curso actual de entendimiento creciente entre el régimen y la burguesía de dentro y de fuera del país se fortalece, los nacionalistas honestos que hoy cooperan con el régimen y lo respaldan deben saber que su disyuntiva es o terminar sometidos, como cómplices de la mala conciencia, o la renovación y expansión de la dominación burguesa imperialista, o encarar la necesidad de la ruptura. Esa opción no es tan remota como quizás parece aún a muchos de ellos. Para saber optar a tiempo, tienen que aprender ahora mismo a defenderse de la obsesión de calificar a toda la izquierda que no está dispuesta a admitir el abandono de las masas por una función burocrática, como una mera "ultra-izquierda. Tienen que aprender, ahora a defenderse de la presión ideológica de los sectores tecnocratas, portavoces y vehículos seguros de la presión ideológica y política de la burguesía y de la pequeña burguesía seguidista. Y, sobre todo, tiene que aprender a deslindar diariamente el contenido esencial de clase de cada paso del régimen, de cada medida. Esto es, orientarse resueltamente en la vía del interés de clase de los dominados y no solamente de sus reivindicaciones de corto plazo.

Quienes creen de buena fe, que cumplen hoy una función revolucionaria al interior de los cuadros burocráticos del régimen, deben saber que si de verdad quieren la revolución y no el sustituto de ella, por lo tanto precario y de corto aliento, tienen que admitir la necesidad de la alianza con la izquierda revolucionaria en el propio terreno de ésta, en el terreno de las masas. Eso solo puede hacerse efectivo, en tanto que ellos sean capaces de ayudar a ganar la autonomía política de las masas dominadas, a ganar para ellas el liderazgo histórico de la revolución, e impedir por lo mismo, con todas sus fuerzas, el encuadramiento de ellas al control burocrático de un Estado que las masas no controlan, que no las expresa en sus intereses de clase.

La revolución peruana solo podrá decidirse en el terreno de las masas mismas, en el desarrollo de su educación y de su organización política de clase. Y, bajo las actuales condiciones de esta sociedad, solo puede triunfar como revolución antiimperialista llevada a cabo por las propias clases dominadas (proletariado y campesinado, principalmente) conducida en la vía de un proceso orientado hacia el socialismo. O no triunfará.

No es por el camino de las concesiones y de la ciega confianza en las intenciones ambiguas de la pequeña burguesía tecnocrática transitoriamente en el mando, que se puede profundizar este proceso en la dirección querida, ni se puede, en lo inmediato, cerrar el paso a la amenaza de tendencias fascistas que quisieran modificar el actual régimen y la actual situación política del país.

Para la izquierda en su conjunto, la gran confusión inicial está tocando a su fin. Apenas quedarán unos pocos sectarios que den la razón a la caricatura del Sr. Hobsbawm, sosteniendo que aquí no ha pasado nada y que este régimen es pro-oligárquico y proimperialista de idéntica manera que los anteriores. Pero también deben ser muy pocos los cándidos que continúen asegurando que este régimen está iniciando una revolución socialista.

Este proceso contribuyó a desocultar las debilidades de la izquierda. Pero de rebote, eso estimula ahora la seriedad con que los jóvenes emprenden la investigación efectiva sobre la realidad peruana, el rigor y la pasión para construir una perspectiva de clase en el análisis de los problemas, el coraje para admitir la crítica radical de nuestros previos errores. La revolución peruana por realizar, tiene en la realidad social y en la actitud nueva de la izquierda, un punto nuevo pero más alto de partida.